

RECENSIONES

ERIC R. WOLF: *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo Veintiuno de España, Editores, S. A., Madrid, 1973, 438 pp.

El hecho indudable de que la dura, enrevesada y casi interminable guerra del Vietnam haya sido uno de los más complejos procesos, a la vez bélicos y sociales, de la vida internacional después de la segunda guerra mundial ha servido como punto de partida al antropólogo estadounidense Eric R. Wolf para un análisis de conjunto de las revoluciones que han tenido problemas del campesinado como elemento político inicial. Su libro presenta los seis casos más importantes de revoluciones de nuestro tiempo, cuyos orígenes activos estuvieron en rebeliones agrarias. Es decir, las de Méjico, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba. Sobre todas y cada una de ellas, Eric R. Wolf señala los aspectos y las diferencias, tanto estructurales en las formas como estratégicas en la acción, que han distinguido cada caso.

El caso del Vietnam figura como el cuarto en el orden de la exposición, pero ha sido el primero respecto a las motivaciones que determinaron un conjunto de investigaciones y revisiones de puntos de vista, como antecedentes a la composición del libro. El autor partió del hecho enorme (y en parte absurdo) de que, apenas enfriados los rescoldos de la destrucción de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos se hubiesen lanzado en el Vietnam a una de las guerras más costosas de la historia, tanto moral como económicamente. Eric R. Wolf se refiere al hecho de que los errores cometidos en los modos de intentar la «conquista de los corazones y las mentes de un pueblo campesino» produjesen momentos de estancamiento de una de las maquinarias militares más poderosas.

En el enfoque del problema vietnamita por Eric R. Wolf se tuvo en cuenta la convicción previa de que la ignorancia era lo que conducía al desastre. El y varios de sus compañeros en el profesorado de la Universidad de Michigan iniciaron un movimiento de toma de conciencia sobre la guerra del Vietnam, y desde Michigan se difundió el debate a más de cien universidades. Desde ellas llegó luego la revisión crítica hasta el Capitolio de Washington. Estos antecedentes prestan al libro el más directo interés de valores documentales palpantes sobre las luchas campesinas del siglo xx.

La conclusión de otros países y de sus revoluciones anteriores, completadas (como las de Méjico y Rusia), casi completadas (como la de Argelia) o todavía en tensión (como las de China y Cuba), respondió igualmente a preocupaciones de lograr unos enfoques informativos exactos para uso de los dirigentes y el público de los Estados

Unidos. Aunque, tanto por lo sincero de dichos enfoques como por la forma de exposición resumida de las distintas luchas nacionales relacionadas con ellos, sea el libro más útil para los lectores de cualquier país.

Las descripciones sucesivas de los seis movimientos revolucionarios, en los que lo campesino ha sido y sigue siendo factor indispensable, no tiende tanto a precisar sus caracterizaciones históricas como sus diferencias estratégicas.

Sobre el Vietnam (que no sólo constituye un fundamento del libro, sino también una referencia general comparativa) se alude a cómo la causa mayor de todas sus sacudidas, después de la segunda guerra mundial y las ocupaciones japonesas, estuvo en el intento francés de reanudar y confirmar el sistema colonial mediante el cual la propiedad de casi todo el suelo estaba concentrada en grupos reducidos de una «burguesía administrativa» vietnamita, pero de trazas parisenses, o de grandes compañías coloniales, como las que dominaban la producción del caucho, utilizando una mano de obra mísera y casi esclavizada. En realidad, la descomposición del régimen local de las aldeas, que había sido, siglo tras siglo, la base de la vida social, económica y cultural vietnamita entera, llevó a la rebelión general cuando Francia trató de restablecer el sistema colonial anterior. El libro de Eric R. Wolf analiza a continuación los dos movimientos sucesivos del alzamiento, o sea, el Viet Minh desde 1942 y el FLN desde 1960.

Sobre Argelia han de señalarse tres aspectos diferentes en la descripción y el análisis de su evolución hacia la independencia. Uno de ellos lo constituye un apretado pero claro resumen de la trayectoria que desde 1830 fue siguiendo la conquista francesa, apoyada en principios como el del general Bugeaud, al decir que en Argelia el mayor valor del cual había que apoderarse era el de la agricultura, por lo cual el gradual proceso de dominación absoluta (desarrollado casi hasta 1939) fue el de la colonización y la descomposición impuesta de las estructuras tribales y familiares argelinas tradicionales. Segundo aspecto es el relato breve de las etapas del alzamiento agrario, desde noviembre de 1954 hasta julio de 1962.

Mención aparte merece el tercer punto, que es el de la vinculación del levantamiento argelino con el levantamiento vietnamita en su primera etapa bélica, es decir, la de la acción de las tropas francesa en el Vietnam hasta su derrota y salida en 1954. Los argelinos habían sido enviados como carne de cañón a la ex Indochina y habían sufrido allí muchas bajas. Además, vieron que los colonizadores podían ser vencidos, y aprendieron técnicas de combate guerrillero. Al volver a Argelia, muchos de los supervivientes del Vietnam fueron miembros de los grupos guerrilleros locales. Al mismo tiempo, y en sentidos contrarios, varios jefes de las tropas francesas que operaron contra la revolución argelina sobre sus bases rurales aplicaron una teoría de represión de la guerra revolucionaria que desde el Vietnam había aportado el general lionés Max Chassin.

En cuanto a las conexiones, coincidencias e irradiaciones internacionales de la revolución de Argelia, lo más sabido es que no sólo sus influencias directas produjeron las retiradas francesa de Túnez y Marruecos, sino que fueron causas de las creaciones de nuevos Estados en los anteriores territorios del Africa negra de expresión francesa. Pero no puede descuidarse un hecho indirecto muy significativo. Fue el que, desde que en diciembre de 1956 Fidel Castro y sus guerrilleros desembarcaron en la costa cubana

RECENSIONES

hasta que en enero de 1959 el movimiento castrista tomó el poder en La Habana, los revolucionarios argelinos se sintieron y proclamaron «moralmente identificados» con la causa de los revolucionarios cubanos, de la cual se ocupaban asiduamente las publicaciones del argelino FLN. Todo culminó, después de crearse el Estado argelino actual, en las visitas hechas a Argelia por dirigentes cubanos, incluso el mismo Fidel Castro.

En el libro de Eric R. Wolf, el conjunto del caso cubano aparece, sin embargo, encajado dentro de dos sectores americanos continentales, o sea el de la necesidad de un mejor conocimiento por parte del público estadounidense y el del efecto de las causas y los efectos del castrismo, en relación con el proceso general de los movimientos revolucionarios del Nuevo Mundo. Así es fundamental el examen comparativo entre la revolución cubana actual y el antecedente de la famosa revolución mejicana. Aunque se insista en comenzar por subrayar las diferencias entre el sistema cubano anterior (de agricultura y ganadería en fincas de tipo criollo en pequeña escala) y, por otra parte, el sistema mejicano rural, en el cual predominaban las grandes haciendas de unos terratenientes dominantes, las cuales influían alrededor sobre los sectores cerrados de las comunidades de núcleos indios tribales. En realidad, tanto respecto a Méjico como a Cuba, los capítulos de la obra de Eric R. Wolf pueden considerarse como dos resúmenes caracterizados por empeños de objetividad.

Pero acaso los dos sectores en que mayor utilidad puede prestar a los lectores el libro del antropólogo de la Universidad de Michigan son los de Rusia y China. No es tanto por lo enorme de las proporciones territoriales, y el hecho de que tanto la China de Mao como la Unión Soviética de cabecera rusa sean dos de las mayores potencias mundiales, sino sobre todo porque hasta ahora ha sido raro poder consultar y utilizar textos que enfoquen los dos casos revolucionarios máximos contemporáneos (sobre todo el ruso) desde un enfoque predominantemente campesino.

En el capítulo referente a Rusia se comienza con una referencia histórica al desarrollo de la servidumbre rural en los tiempos zaristas, con el desarrollo del paisanaje en Méjico, aunque con la enorme diferencia de que, mientras las «comunidades indígenas» mejicanas estaban fijadas en una especie de reservas abiertas sobre suelos fijos y comarcales, el campo de los labriegos rusos, de los *mujiks*, era un suelo poblado por unas gentes que conservaban mucho de hijos de nómadas artificialmente fijados a los suelos. Unas gentes que semejaban navegantes de tierra, aunque poco a poco hubiesen sido encerrados entre los límites forzados de un sistema de servidumbre feudal.

Eric R. Wolf enumera los movimientos de levantamientos campesinos desde el siglo xvi, especialmente 1.186 sublevaciones rurales, que se sucedieron entre los años 1826 y 1861. Detalla también la decepción general que produjo la falsa reforma de la titulada «emancipación de los siervos» en 1861. Explica las normas tradicionales del régimen del *mir*, o comuna rural. Subraya el interés de los cismas religiosos ortodoxos y de sus sectas, que (según dijo León Trotski en 1932) contribuyeron a que grandes sectores campesinos considerasen que la revolución de octubre de 1917 había sido una realización de sus esperanzas religiosas. También la desintegración de un ejército de 12 millones de hombres, que inundó las zonas rurales con campesinos uniformados, hizo que éstos se afiliaran al partido bolchevique, bajo el cual los soviets campesinos quisieron volver a ser los antiguos consejos aldeanos, aunque provistos de un nuevo matiz revolucionario.

RECENSIONES

Respecto a China, hay novedad en la exposición de lo fundamental de los programas agrarios y de las masas campesinas en la trayectoria de las teorías y la acción directiva del movimiento revolucionario acaudillado por Mao Tse-tung. De todos modos, el capítulo dedicado a China es muy útil como resumen consultable para recuerdo de lo indispensable.

Al final puede considerarse que uno de los aspectos más característicos del libro sobre las luchas campesinas del siglo xx es el de analizar las diferencias existentes entre las distintas categorías de campesinos que se vieron envueltos en los levantamientos políticos estudiados. Y también en qué medidas las revoluciones campesinas producen cambios en las normas internacionales.

RODOLFO GIL BENUMEYA

P. CAVENDISH y J. GRAY: *La revolución cultural y la crisis china*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1972, 243 pp.

La hora de China, a la vista de los últimos acontecimientos que se han sucedido en el mundo, parece que ha llegado. En nuestro tiempo, una vez más, se ha «descubierto» la existencia de un pueblo—uno más—que ha venido, como un agudo comentarista de política internacional ha señalado, a comprobar la sagacidad del marxismo-leninismo. Justamente, se ha dicho al respecto, «durante más de tres mil años, China existió sólo como una pintoresca leyenda; su aislamiento geográfico hacía de ella un mundo aparte, algo así como si aquel gigantesco territorio estuviese situado en otro planeta. Durante todos esos siglos no había, claro está, ningún conflicto entre China y los países de otros continentes; simplemente, se ignoraban los unos a los otros; era una situación de coexistencia pacífica entre lo conocido y lo desconocido. China vivió entonces al margen de la historia occidental, hecho que acentuó extraordinariamente la autonomía de su personalidad y la independencia de su lento desarrollo. La amplitud de su territorio y el número de sus habitantes le permitieron creer en aquella interminable época que la Tierra se reducía a las fronteras de su remota y poética nación; a nadie importaba su existencia, y tampoco a China importaba la de los demás. Más tarde, en la historia moderna, una serie de audaces viajeros descubrieron a China: espíritus aventureros, misioneros y comerciantes fueron los primeros en llegar a ese mundo desconocido. Fue, en todo caso, a mediados del siglo xix cuando la penetración europea, entre 1840 y 1894, rompe la muralla del aislamiento de esa misma China, que a partir de entonces se incorpora a la historia contemporánea. Y fue también durante esta segunda etapa cuando las grandes potencias y sus aliados cometieron contra China una increíble serie de atropellos de toda índole: militar, económica y política. Primero, el mundo había vivido sin China; luego, al descubrirla, podríamos decir que el mundo vivió contra China. País indefenso y caótico, se volvió fácil presa de la voracidad imperialista; era un exótico gigante fácilmente vulnerable: todos podían invadirlo, robarle territorios o imponerle el castigo del colonialismo y de los privilegios de extraterritorialidad. Cualquiera atentado contra China tenía el éxito asegurado. Nunca país más grande había sido más débil. Las potencias europeas, y más

RECENSIONES

tarde los Estados Unidos, empezaron a darse cuenta de la importancia no sólo comercial, sino estratégica, del territorio chino». Fue entonces, sin embargo, cuando se produjo el «milagro»: la aparición de un caudillo legendario llamado Mao Tse-tung.

Hay quien sigue considerando—y en ese grupo podríamos incluir a los autores del libro que suscita nuestra atención—que todavía, a pesar todo, sigue siendo demasiado pronto para juzgar y valorar el fenómeno maoísta con adecuada serenidad. Y la verdad es que no faltan los razonamientos serios, a saber: «La crisis de la revolución cultural es demasiado reciente, y por ello no puede ser aún bien estudiada. Ni conocemos todavía sus efectos, ni sus acontecimientos están aún ordenados en una perspectiva significativa. Las fuentes que nos informan sobre ella son insuficientes; las principales, para los acontecimientos actuales del movimiento, son noticias sobre los carteles de los guardias rojos y panfletos y periódicos enviados por los corresponsales extranjeros en Pekín. Estas publicaciones son sensacionalistas, confusas y contradictorias; a menudo expresan rivalidades y disputas entre grupos de cuyas relaciones mutuas y contactos con las facciones de la dirección china sabemos muy poco; lo que publican sólo puede ser conocido de pasada y parcialmente, a través de los corresponsales extranjeros en Pekín (periodistas japoneses en su mayoría). Como historiadores de la política contemporánea china, sólo podemos tratar de describir el telón de fondo de la crisis y las cuestiones que probablemente han tenido mayor importancia en su desarrollo, así como sugerir el partido que puede sacar de la victoria cada uno de los bandos.»

Sería un grave error el pensar, y no faltan autores que han adoptado esta actitud, que China se ha olvidado de su inmediato pasado. Muy por el contrario, y en demostrar la veracidad de esta tesis ponen especial entusiasmo los autores de estas páginas, «la huella del pasado reciente es en China particularmente acusada, pese a la gran importancia que tiene hoy la juventud, pues lo que ha condicionado la orientación política china ha sido la experiencia de los veteranos revolucionarios y de unos líderes hoy ya envejecidos. Estos, además, han puesto gran énfasis en la enseñanza de la historia reciente, cuya correcta interpretación se considera extremadamente importante. En realidad, se ha transformado en un mito—en el sentido pleno de la palabra—, en una poderosa mezcla de verdad y fabulación. Por esta razón, y dado que necesitamos ver por nosotros mismos qué alternativas han aparecido en sus diferentes etapas y por qué ha emprendido la revolución su curso particular, es importante conseguir una imagen tan clara como sea posible».

Los autores comienzan analizando, independientemente de otros acontecimientos, los correspondientes a una fecha que, efectivamente, referida a China resulta profundamente elocuente: 1911. Veamos, pues, lo que ocurrió: «Durante el decenio anterior a 1911 la corte manchú empezó a introducir reformas constitucionales, militares y educativas. Entre tanto, crecía un movimiento revolucionario republicano, principalmente en el refugio del Japón, donde estudiaban muchos jóvenes chinos. Sus objetivos sociales eran más bien vagos, pero aspiraban a establecer un régimen parlamentario y promover hasta el final unas reformas nacionalistas como las emprendidas en muchos de los Estados-nación en alza en la Europa de entonces. Por debajo de todo ello estaba su preocupación por la supervivencia de China. La revolución de 1911, cuando se produjo, no fue ningún lance impresionante. Consistió en una serie de motines, de pequeñas operaciones militares en la China central, y en "declaraciones de independencia" de las provincias. Los principales

beneficiarios de la revolución fueron las clases superiores de estas últimas, que veían en ella la posibilidad de gobernar los asuntos locales sin la interferencia del poder central, y el ejército, que se convirtió en la institución mejor situada para sobrevivir a la revolución.

»El dirigente más destacado del modernizado ejército fue Yuan Shih-k'ai. Llamado por el trono para enfrentarse a la revolución, utilizó su poder a fin de lograr la abdicación de los manchúes y asegurar su propia posición en el régimen que les sucedió. Pronto se encontró instalado como presidente de la nueva república, pero el régimen parlamentario no logró prosperar. El período de optimismo inicial sólo perduró hasta mediados de 1913, fecha en la cual Yuan había minado el régimen republicano y eliminado las características democráticas ya adquiridas. Finalmente, en 1915, intentó fundar una nueva dinastía imperial. Su muerte, en 1916, permitió que se reavivaran las instituciones parlamentarias, pero después de esta fecha, una serie inacabable de intentos por restablecer un régimen constitucional sobre una base aceptable para todas las facciones, no produjo ningún resultado duradero. Esto se debió en gran parte a que las relaciones entre los antiguos dirigentes militares empeoraron tras la muerte de Yuan, su antiguo patrón y único dirigente con autoridad superior.

»Las grandes camarillas militaristas gastaron los años comprendidos entre 1916 y 1928 en competir tanto por el dominio de las diferentes regiones o provincias como por el control del Gobierno central en el propio Pekín. La estructura política del país, anteriormente ya, falta de una cohesión estrecha, se desintegró por completo, dejando al Gobierno de Pekín como poco más que una dirección a la que las potencias extranjeras podían remitir protestas y peticiones. Los militaristas, llamados habitualmente señores de la guerra por todo el mundo salvo por ellos mismos, eran los dirigentes de las administraciones militares locales o regionales, algunas de las cuales tenían mejor estabilidad y estaban mejor dispuestas que otras. En muchos casos consiguieron cargos civiles adecuados y trabajaron con la élite social en las provincias; y en algunos, especialmente en Manchuria, los intereses extranjeros desempeñaron un papel importante en sus actuaciones. Generalmente tenían una concepción muy conservadora, si bien lograron incluir algunos hombres, como Ch'en Chiung-ming y Feng Yü-hsiang, sensibles a ideas más nuevas e incluso a ideas radicales, y algunas veces estuvieron dispuestos a emplear a progresistas en posiciones importantes. "Asegurar las propias fronteras y permitir vivir en paz al propio pueblo" era entre ellos un lema corriente, pero pocos pudieron evitar, incluso cuando lo deseaban, verse comprometidos en las repetidas guerras civiles durante algún tiempo. Los trastornos que siguieron al año 1916 tuvieron un alto precio en vidas, propiedades y oportunidades perdidas para el desarrollo económico, social y político.»

Existe, no obstante, otra importante fecha muy significativa en el dinámico proceso de desarrollo político chino. La guerra civil de 1946-49 dio al partido comunista el dominio de las villas y ciudades después de veinte años de permanencia en el campo, enfrentándole, por tanto, con una nueva gama de problemas. La nueva jefatura de China había alimentado también una intensa animosidad en contra de los Estados Unidos debido a la estrecha implicación de este último país en la política china tras la guerra antijaponesa y su relación con el régimen del Kuomintang, que entonces era el Gobierno legal de China. Sin embargo, esta hostilidad no se convirtió en beligerancia directa ni en disputa formal hasta la guerra de Corea. Por otra parte, también debe recordarse que el régimen

comunista llegó al poder casi exclusivamente por sus propias fuerzas. No fue simplemente, como algunos creían en Occidente en 1949 y durante algún tiempo después, el ala china de una operación militar internacional planificada. La Unión Soviética no había aportado ninguna ayuda importante; Stalin, en realidad, parece haber tenido escasa fe en el futuro del partido comunista chino tras el fin de la guerra y mantuvo relaciones diplomáticas normales con el Kuomintang hasta el último momento posible.

Una de las interrogantes más interesantes que se contestan en estas páginas es la siguiente: ¿Cómo pudo revitalizarse el maoísmo? Desde el primer momento, se nos indica en este libro, para salvar y restaurar China, casi todos los revolucionarios chinos han considerado que el primer objetivo era un fuerte estado unitario. Para conseguirlo, ha sido preciso construir una organización estatal en vez de conquistar y remodelar la existente, pues las instituciones antiguas, muy arruinadas de todos modos, no proporcionaban una base para el desarrollo ulterior. Los dirigentes del Kuomintang posiblemente permitieron la creación de un aparato administrativo y militar para oscurecer otros factores de la situación política y no fueron muy lejos en el desarrollo a nivel local. Pretendían que el Estado apoyara y ocupara el lugar del capitalismo moderno de China, que estaba en su infancia, y destruyera la corteza de «feudalismo»: en otras palabras, acabar con todo lo que impedía la modernización tal como ellos la concebían. Entre la élite política había una minoría que creía en reformas fundamentales a nivel regional o más bajo. Pero esta minoría ignoraba las ideologías y las consignas de los partidos revolucionarios y se concentraba en problemas prácticos inmediatos. Pero incluso así, y pese al evidente atractivo de semejante enfoque en un momento de decadencia política, los revolucionarios probablemente acertaban al pensar que las reformas locales o las formas graduales no constituían una alternativa frente a la revolución. Los resultados de estos esfuerzos estuvieron siempre expuestos a la destrucción debido a la continuada inestabilidad general y a las reformas les faltaba fácilmente un poder motor o un efecto duradero sin un cambio político general y sin organización política. Los revolucionarios creían que hacía falta reparar el tejado en vez de colocar calderos debajo de cada gotera. La sentencia de Mao, «primacía a la política», no es, por tanto, una idea nueva.

Una advertencia que, justamente, con innegable claridad se efectúa en este libro es la concerniente a la no existencia en China del liberalismo. El liberalismo político, en realidad, a duras penas consiguió poner el pie en la China moderna. La libertad de negociación de los diferentes grupos entre sí, dentro de una estructura parlamentaria con libertades civiles establecidas, y la protección de los individuos por medio de la ley no fueron tampoco características del sistema político. La democracia no podía significar eso en una sociedad inestable, oprimida por la miseria, la guerra y la ignorancia, donde no existía el consenso que posibilita las instituciones democráticas occidentales. Ambos partidos revolucionarios, en realidad, prorrumpían en invectivas contra el «liberalismo», afirmando que destruía la disciplina personal y social que consideraban esencial. En ello encontraron el apoyo de los modos de pensar más antiguos, para los cuales no había distinción entre libertad y libertinaje. El Kuomintang contemplaba la democracia siguiendo esencialmente las líneas occidentales en la creencia de que era algo que sólo se podría construir despacio y únicamente después de haber resuelto los problemas fundamentales del país. Para los comunistas significaba un régimen de masas controlado por el partido, basado, sobre todo, en la participación. Si las ideas liberales influyeron en

alguna parte, fue, consiguientemente, entre los intelectuales académicos y literarios, los cuales, pese a una acentuada tendencia izquierdista y un considerable compromiso con la revolución, estuvieron profundamente influidos por el individualismo occidental desde el principio del movimiento Pensamiento Nuevo en adelante.

Pocos movimientos políticos han registrado tan singulares altos y bajos como el maoísmo. Para nadie es un secreto, y perfectamente lo describen los autores de este libro, la vacilación inicial de los comunistas chinos, es decir, el no saber cuál era el camino a seguir: algunas de las diferencias entre la teoría y la práctica que aparecieron rápidamente en la política de los comunistas, tras su llegada al poder, pueden explicarse como improvisaciones que su limitada experiencia y su restringido control les obligó a adoptar. La rudeza de las campañas de reforma agraria en algunas zonas y las duras e indiscriminadas campañas contra los contrarrevolucionarios—no concordantes con el comportamiento de los comunistas desde la elevación de Mao Tse-tung a la dirección del partido—pueden no ser, como a menudo se ha supuesto, ejercicios clásicos de los métodos comunistas chinos, sino improvisaciones. Por ejemplo, la historia de la política de reforma agraria entre 1946 y 1950 está llena de vacilaciones y controversias como consecuencia de los problemas y de la cambiante fortuna de la guerra, y de una experiencia distinta cuando el ejército de liberación popular pasó al Sur, a zonas cuyas condiciones sociales diferían de las condiciones del Noroeste y de Manchuria

Sin embargo, con todas estas reservas, es cierto que el partido comunista chino llegó al poder con considerables ventajas como consecuencia de su larga experiencia. El Gobierno de las regiones fronterizas le proporcionó una experiencia administrativa más que razonable. Debido a la situación de estas zonas dominadas por los comunistas, se presentaban en su grado máximo algunos de los problemas más difíciles y característicos de la política china. La necesidad de apoyo campesino en las condiciones de la guerra de guerrillas planteaba en forma aguda y urgente la cuestión de la comunicación entre la élite radical ilustrada y la masa de la población. La dispersión de los territorios dominados por los comunistas suscitaba problemas de control central que, en lo fundamental, habrían de ser los del país en su conjunto, pero más severos, más difíciles y urgentes. En torno a estas cuestiones clave estaban los problemas subsidiarios del comportamiento de los cuadros, militares e intelectuales, de un desarrollo económico improvisado en condiciones de bloqueo y con recursos inadecuados, y del equilibrio de las fuerzas políticas en una revolución nacionalista y radical a la vez. Al mismo tiempo, el hecho de que se trataba de una situación de resistencia nacional contra un invasor extranjero significaba que ahora existía una voluntad efectiva de vencer estos problemas. Tales fueron las circunstancias en las que Mao Tse-tung elaboró los elementos esenciales de su teoría política y de su estrategia, en gran parte aplicables aún hoy a escala nacional porque en muchos aspectos los problemas son todavía los mismos. De alguna manera, es cierto que hoy los problemas son los mismos porque Mao Tse-tung ha querido que fueran los mismos; pero sustancialmente los problemas fundamentales con que se enfrentó en las regiones fronterizas todavía están por resolver en toda China. Tampoco hubieran sido resueltos (si bien su solución podría haberse simplificado) aunque Mao no hubiera optado por volver a empujar a China a unas condiciones de bloqueo comparables a las de Yenán, con su política de no aceptación de compromisos respecto a Norteamérica y la Rusia soviética.

RECENSIONES

Aunque no lo parezca, subrayan los autores de estas páginas, Mao Tse-tung está enormemente obsesionado por los problemas de índole económica. Es probable que el esfuerzo por industrializar—especialmente en un país que no sólo es pobre, sino que, además, se siente amenazado y debe, por tanto, hacer el máximo esfuerzo para asegurar su defensa—deba ser mayor del que podría provocarse mediante cualquier nivel de incentivos económicos que pudiera ofrecer el Estado. Esto es especialmente cierto respecto del crucial sector del suministro de alimentos, donde los primeros incrementos de la producción implican probablemente la inversión de cantidades considerables de trabajo adicional por parte de una población acostumbrada a tener bastante ocio; donde la seguridad de la subsistencia (especialmente en una precaria cosecha monzónica) tiende a tener una prioridad superior a la del aumento de las rentas por medio de la especialización de las cosechas, y donde muchos campesinos son tan pobres que cualquier incremento de las rentas por medio de un aumento de la producción se dedicará en gran parte a un mayor consumo de alimentos, con el resultado de que el excedente para la venta puede descender en realidad cuando la producción aumenta. Igualmente, el crecimiento de los mercados urbanos para los productos del campo distintos de las cosechas agrícolas estables, como los cereales y el algodón, puede dar un incentivo a la concentración en los aspectos marginales de la producción agrícola y en la artesanía superior al que es posible conceder, dentro de un plan adecuado, a la producción de cosechas estables.

La educación socio-económica del pueblo chino ha constituido, desde siempre, otra de las hondas preocupaciones de Mao. Consecuentemente, como fácilmente se puede adivinar, los acontecimientos siguientes, el «gran salto hacia adelante» y la creación de las comunas, pueden verse en sus aspectos políticos como un intento de producir un cortocircuito en la burocracia y de demostrar que la alternativa adecuada a la burocracia stalinista no era la liberación, sino el desarrollo pleno del maoísmo, como se había demostrado en las regiones fronterizas, en la reforma agraria y en las campañas de colectivización.

En otro lugar de este libro surge, por supuesto, el inevitable tema de afrontar el estudio del culto a la personalidad en Mao. En 1961, se nos indica, Lin Piao, sucesor en 1959, de P'eng Teh-huai como ministro de Defensa, intensificó el adiestramiento político en el ejército. También puso firmemente las bases de un culto del pensamiento de Mao Tse-tung, hecho curioso si se considera que la influencia del presidente Mao en cualquiera de los demás aspectos de la vida china se hallaba entonces en su punto más bajo. Se trata de algo difícil de explicar, salvo suponiendo que, por una razón cualquiera, Lin Piao estaba dispuesto a aceptar el hecho de que, al utilizar la autoridad de Mao en el adoctrinamiento y la reforma del ejército, contribuiría eventualmente a la posibilidad de que Mao volviera a tomar la dirección activa de los acontecimientos. Sus motivaciones se desconocen; su historial no indica que haya sentido un ardiente interés por la ideología; se creía, y se cree, que tiene una mala salud y que se le sacó del retiro para sustituir a P'en Tah-huai. A pesar de la relativa juventud de Lin Piao, no es fácil suponer que se considerara un sucesor potencial para la dirección suprema del partido—los últimos acontecimientos, ciertamente, han venido a corroborar la profecía de los autores de estas páginas.

Es llegada, pues, la hora de enfrentarnos con el tema central que se debate en esta obra, a saber: ¿Es Mao Tse-tung un auténtico genio político? La teoría política de Mao Tse-tung está representada, para el propósito de la revolución cultural, por el

pequeño libro rojo que llevan los guardias rojos, las *Citas del presidente Mao Tse-tung*, preparado por el mariscal Lin Piao para el adoctrinamiento del ejército popular de liberación. Aceptar esta compilación como representativa del pensamiento de Mao entraña algunos peligros. Las cuatrocientas citas breves que lo componen no pueden representar todos los aspectos de la amplia producción escrita de Mao y también es posible que la selección se incline hacia alguna cuestión particular, acaso más representativa de Lin Piao que de Mao. Pero, por lo que puede verse, sin embargo, la selección es en general fiel al espíritu de los escritos de este último. La única deformación manifiesta es que los problemas más discutibles de los últimos años ocupan mucho menos espacio del que podría esperarse. Las cuestiones de la polémica con la Unión Soviética no se destacan y la exigencia de dar la primacía a la política no se aplica con detalle a las materias civiles. No es que el revisionismo y el lugar de la política se ignoren; figuran también, pero no están expresados en absoluto como un desafío a una hipotética oposición. El objetivo del libro era claramente evitar las materias litigiosas en la medida de lo posible en interés de la unidad. La función original de la recopilación, como base para el adoctrinamiento de los cuadros del ejército y, a través de ellos, de los reclutas, explica probablemente este énfasis en la unidad; sin embargo, dado que el libro fue aceptado para uso general como una especie de testamento del maoísmo, presumiblemente el objetivo de la unidad se conservó cuando la campaña de aprendizaje del ejército popular de liberación se fundió en la revolución cultural. El libro es una reafirmación breve y simple de lo que sus compiladores consideraban que constituía el consenso, la visión de la política aceptable para la gran mayoría de quienes participan en la vida pública china.

¿Qué supone, por tanto, el célebre librito? Las *Citas del presidente Mao* representan una quintaesencia de formulaciones generales procedentes de una producción escrita relacionada manifiestamente, casi toda ella con acontecimientos y situaciones particulares y que, por tanto, estaba encaminada a conseguir resultados muy específicos y prácticos; aun si las citas se leen como teoría, su aspecto práctico es muy manifiesto. Incluso en su teoría del conocimiento o en la elaboración de la idea de contradicción, que es la parte más abstrusa de su obra, Mao no se preocupa de la teoría por sí misma, sino de la cuestión fundamentalmente práctica de cómo conocer, comprender y manipular la variedad interminable de circunstancias locales, de condiciones económicas y de esquemas políticos de China. Además, su énfasis en el estudio empírico de las condiciones reales no está enteramente relacionado con la investigación social, sino que se vincula estrechamente a sus prescripciones de comportamiento político, resumidas en la idea de la línea de masas.

Sus prescripciones de comportamiento político, se nos indica, son una respuesta a las circunstancias chinas y ésta es la razón de que generalmente sean tan mal comprendidas en Occidente. La línea de masas se menosprecia como una hoja de parra para el absolutismo del partido, como una muestra de hipocresía o, a lo sumo, como una forma de democracia tan primitiva e insegura que no merece atención seria. Parecidamente, sus escritos sobre la moralidad pública, que constituyen una parte tan grande de la propaganda de la revolución cultural, sorprenden al lector occidental como perogrulladas piadosas que, al presentarse en un sistema totalitario, sólo tienen interés por ser fraudulentas; o se discuten como una supervivencia curiosa de confucianismo moralista

RECENSIONES

en un sistema marxista que, por definición, se basa en un análisis moral y en el rechazo de los llamamientos al altruismo. Ante la fuerza de su insistencia sobre la práctica y la línea de masas, sin embargo, se puede apreciar la extensión y la continuidad de los hábitos de pensamiento elitistas, librescos y burocráticos de China. Ante la relevancia de sus llamamientos morales, se puede ver que en una sociedad en la que la conciencia social y el espíritu público han estado subdesarrollados en muchos aspectos importantes, y en la que el derrumbamiento de los valores tradicionales por la revolución, la guerra civil y la invasión extranjera lo han hecho todo menos destruir el espíritu público tal como había existido, cualquier revolución tenía que ser un renacimiento moral, independientemente de lo que fuese además.

Quiérase o no, cosa muy fácil de advertir, los autores de estas páginas ponen especial interés en demostrar que otra de las hondas preocupaciones que han embargado el pensamiento socio-político de Mao Tse-tung lo ha constituido lo que podríamos considerar como el proceso de la adecuada dirección de las masas. Efectivamente, volvemos al pensamiento de los autores de estas páginas, la antología de las citas da la subsistencia de las formulaciones de Mao sobre la línea de masas y hay también una rica información sobre su aplicación práctica. La línea de masas significa, en primer lugar, que la acción política debe conformarse a los deseos de la mayoría de los miembros de aquellas clases que el régimen comunista pretende representar. Sin embargo, no se trata simplemente, como en los países parlamentarios desarrollados, del problema de actuar sobre las opiniones políticas del cuerpo electoral; tampoco permite la competición en un sistema monopartidista entre los diferentes grupos de aspirantes al poder para influir sobre las opiniones de los electores. Su objetivo no consiste simplemente en influir en la opinión de las masas y mucho menos en limitarse a registrarla; la aplicación de la línea de masas es un proceso de educación mutua de los dirigentes, racionalizado en la teoría de la práctica de Mao e institucionalizado en los procedimientos de la administración. Para parafrasear la propia prescripción de Mao en términos que relacionen más estrictamente la idea con los problemas reales de una sociedad atrasada con una tradición burocrático-elitista, es el proceso por el cual la dirección políticamente consciente se coloca en contacto directo con la masa de la comunidad local, inarticulada, en gran parte iletrada y políticamente subdesarrollada; aprende de los miembros de esa comunidad cuáles son sus aspiraciones, su sentido de las posibilidades, sus dudas y sus problemas; resume estas ideas en términos de la experiencia y de las responsabilidades más amplias y de la teoría de la dirección; las devuelve a las masas en forma articulada y plantea nuevas cuestiones; luego, con el acuerdo de la mayoría, pone en práctica las decisiones consiguientes y estudia los resultados en los mismos términos. Las ventajas de este método político radican en que impide el gobierno por el *fiat* y las pretensiones elitistas e implica a toda la población en la discusión activa y en el compromiso explícito con la política; ello constituye un proceso de educación por el cual la masa del pueblo supera gradualmente su inarticulación, su temor al cambio, su ignorancia de las modernas posibilidades técnicas y educativas, su estrecha concepción familiar y de clan, la extrema cortedad de sus perspectivas económicas, su ignorancia de las situaciones comparables en otros lugares y su arraigado temor a los Gobiernos. Ha tenido un éxito sustancial en los objetivos de minimizar las tendencias elitistas y de incrementar la articulación de la población.

Se destaca también a lo largo de este libro un aspecto que por excesivamente sabido, cual es el tema del nacionalismo, apenas si se profundiza en el mismo. Los autores del libro que suscita el presente comentario afirman que, en efecto, a lo largo de toda la carrera de Mao ha existido siempre una fuente de tensión en su pensamiento entre las implicaciones decisivas de la lucha de clases y las influencias integradoras del nacionalismo. En la situación de la China del siglo xx hay una ambigüedad intrínseca y los constantes intentos de Mao por redefinir la zona de acuerdo han sido algo más que ejercicios tácticos. El legado del «Cuatro de Mayo» y el legado marxista chocan entre sí y ha habido que resolver el conflicto constantemente. En conjunto, Mao, a lo largo de toda su carrera, ha estado generalmente en el lado liberal en el curso de las controversias que ha suscitado la cuestión con que empiezan sus *Obras escogidas*: «¿Quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos?»

La tensión entre la unidad y las divisiones de clase expresa el hecho de que el partido comunista tiene en China un doble papel y nunca habría que olvidar esto. Es un partido comunista, pero es también el movimiento nacionalista de China, análogo a los movimientos nacionalistas de las antiguas colonias. El que China no haya sido nunca, formalmente, la colonia de nadie, no modifica este hecho. El partido, consiguiendo, hereda no sólo las emociones del movimiento nacionalista, sino también sus responsabilidades, entre las cuales figura la de crear y mantener la solidaridad nacional sobre la base de un consenso. La hostilidad de muchos de los capitalistas de China a las empresas extranjeras privilegiadas y la experiencia de la guerra contra el Japón reforzaron la idea de la posibilidad de la unidad del 95 por 100 de la nación, pero acaso han sido más importantes veinte años de experiencia práctica durante los cuales el partido comunista chino, trabajando en las zonas rurales, aprendía que era posible unir a la mayoría de la aldea en torno a un programa revolucionario y también qué grado de compromiso y qué tipo de organización eran necesarios para lograrlo.

No pasa inadvertido para Cavendish y Gray ese otro matiz singular del maoísmo que es la libertad. Justamente, escriben, durante gran parte del período en el que Mao ha estado en el poder en China ha habido, a pesar del «lavado de cerebro» (fenómeno muy exagerado), más libertad de expresión que en cualquier otro país comunista de la Europa oriental antes del deshielo de los tres o cuatro últimos períodos del Gobierno comunista en China, en que ha habido ataques rigurosos y generales contra los escritores; por ejemplo, con la campaña antiderechista que sucedió a la rectificación de 1957 y la revolución cultural actual. La idea de que los intelectuales, incluyendo a los científicos y tecnólogos, a directivos y planificadores, han estado sometidos a una limitación constante es en gran parte el resultado de no saber apreciar lo que significa la consigna aparentemente siniestra de «primacía a la política». Aunque, como en todo en China, tiene sus aplicaciones extravagantes, en conjunto es bastante simple. La antología de las citas empieza insistiendo en que los administradores no deben descuidar la política, que deben recordar la orientación general en que se supone que han de dirigirse sus esfuerzos especializados y locales. Este es el germen de dar «la primacía a la política». En su más amplio sentido, significa que se debe trabajar dentro del consenso; pero es algo más que esto y tiene muchas ramificaciones.

Visto, pues, cuanto hasta aquí antecede podemos llegar a una sugestiva conclusión, a saber: ¿Qué es lo que Mao espera de los chinos? Se ha dicho, leemos en este libro, que

RECENSIONES

Mao es un romántico, un utópico, al esperar que el pueblo chino le seguirá en sus extravagantes alturas de colectivismo. Debemos preguntarnos, antes de poder aceptar o rechazar esta cuestión, qué alturas de colectivismo espera exactamente en realidad. Se ha sugerido ya que las exhortaciones morales de los escritos de Mao no son palabras vacías en el contexto de la sociedad china, sino que se dirigen contra los males reales de un país en el que la conciencia social ha estado en decadencia y se ha corrompido la honradez pública, y podemos preguntarnos si Mao espera de los chinos algo más de lo que la naturaleza humana da sin grandes aspavientos en otras sociedades. Cuando examinamos de qué se habla con encomio y qué es lo que se censura, resulta muy difícil mantener la idea de que lo que se pide es extravagante. En el lenguaje chino la expresión de la moralidad es siempre muy tensa y siempre se traduce con exceso; esto es válido tanto para las expresiones tradicionales o nacionalistas como para las formulaciones comunistas. Sin embargo, el propio Mao evita cuidadosamente los extremismos convencionales del lenguaje e incluso en sus ensayos moralizantes —*Servir al pueblo* (1944) y *En elogio de Norman Bethune* (1939)— el lenguaje es moderado. Los héroes del culto maoísta, aunque pueden estar sorprendentemente inclinados a leer las obras de Mao, no son salvajemente heroicos. Fueron, si hicieron lo que se dice que han hecho, hombres valerosos y conscientes; pero la única razón posible para armar alboroto con ellos es que su sentido de la responsabilidad no es ampliamente compartido por la sociedad china y nadie que haya vivido en la sociedad china necesita que le digan esto. En sustancia, como cosa distinta de los adornos, de estas historias que encomian la conciencia social y el espíritu público, nada hay que exceda el grado de cooperatividad, de respeto por los intereses públicos y de honradez común, considerados normalmente como la autodisciplina necesaria para sostener una sociedad moderna. El intento de imponer esta disciplina en relación con unas instituciones poco conocidas, que exigen una fidelidad más amplia que la fidelidad a la familia de la sociedad tradicional, pone un fuerte énfasis en la conciencia de la mayoría de la población; la exigencia de humildad y de actitudes democráticas por parte de los dirigentes, que, a pesar de su adhesión de boquilla a los nuevos valores, adoptan instintivamente las actitudes tradicionales del mandarín, complica el problema; no se trata, sin embargo, de un problema creado por unas ideas absurdamente irrealistas acerca de las potencialidades de la naturaleza humana.

Está, pues, bastante claro que Mao Tse-tung ha tratado de conseguir la realización de ciertos objetivos políticos y sociales profundamente importantes. A juicio de los autores de estas páginas, los principales objetivos anhelados por el singular caudillo chino han sido los siguientes: un estilo empírico de trabajo, que aplica a la política nacional en términos de las condiciones locales enteramente estudiadas; una técnica de trabajo de línea de masas que asegura la educación mutua de dirigentes y dirigidos y que mantiene la máxima participación de la mayoría de la población en la toma de decisiones a nivel local; una dirección activa, positiva, de los cuadros del partido en todos los aspectos del progreso social, realizada de un modo que, al mismo tiempo, convierta el proceso de cambio en un proceso de educación encaminado a liberar finalmente a la masa de los ciudadanos de la tutela bajo la que inevitablemente trabajan ahora; la creación de un sistema de gobierno nacional que maximalice la iniciativa y el sentido de empresa locales y que maximalice también la exposición directa a la ideolo-

gía que proporciona las coordenadas del esfuerzo; un sistema económico descentralizado que convierta en realidad la identidad del interés propio y el social al introducir en la aldea los beneficios de la tecnología moderna en forma de industrias creadas y dirigidas por la aldea misma, y la preparación para la defensa de China, a falta del equipo militar moderno adecuado, por el pueblo en armas.

Se nos indica igualmente en este libro que, a juicio de Mao, es la burocracia la que amenaza cada una de las creaciones anteriormente señaladas. Justamente, al reaccionar contra las tendencias burocráticas de su propio partido, Mao no lo hace sobre la base de una visión utópica privada. Está reaccionando contra la decadencia burocrática del movimiento nacionalista del que fue en otro tiempo un entusiasta, aunque crítico, miembro; una decadencia que es una de las grandes tragedias de la política moderna y una de las grandes experiencias políticas de la propia vida de Mao. Este comparte con los liberales occidentales al menos una convicción: que mientras la diferencia entre el socialismo paternalista y el fascismo es una diferencia real, la línea divisoria entre ellos se traspasa fácilmente. El Kuomintang la cruzó; Mao cree que la Unión Soviética la ha cruzado y teme que su propio partido esté sólo a unos pasos de ella. Cree que su propia Administración, si se contiene la continuación de la revolución por la línea de masas, se convertiría en una élite burocrática como el Kuomintang, gobernando el país por medio del *fiat* desde las ciudades, construyendo sus servicios urbanos con el excedente duramente conseguido de los campesinos, limitándose a mantener la paz y recaudar impuestos, formando una clase con privilegios casi tan inmovibles como los de la antigua élite gobernante y, finalmente, acaso convirtiéndose, como el Koumintang, en un grupo corrompido, parasitario, e incapaz incluso de defender a China contra la invasión.

En definitiva, conclusión a la que llegan los autores de estas páginas, tanto para Mao como para sus adversarios liberales de China, el enemigo es el mismo: la burocracia; pero difieren por completo sobre los medios con los que hay que combatirla. Los liberales creen esencialmente en el mejoramiento gradual de la élite. Mao cree en la destrucción de sus fundamentos. Se enfrenta con uno de los problemas esenciales de la política: la tendencia de una revolución igualitaria a producir su propio *establishment* privilegiado. Pero no espera echar por tierra esta posibilidad, como se cree ampliamente en Occidente, con el simple y continuado recurso a la quebrantadora protesta de masas. La revolución cultural pretende ser el prelude a la aplicación plena de una solución específica para el problema siguiendo las líneas de un sistema de comunas redefinido y ampliado que reducirá la burocracia y minimizará las «tres grandes diferencias» —las diferencias entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, entre el trabajo intelectual y el manual—, que Mao ve justamente como las escisiones más paralizadoras de la sociedad china.

Es evidente, a la vista de cuanto se nos indica en este sugestivo libro, que la vida china está en la actualidad dominada por una innegable constante, a saber: la profunda inquietud política. Ciertamente, concluyen Cavendish y Gray, hoy ningún aspecto de la vida es en China independiente de la política, al menos en principio, y se considera que esto es particularmente relevante para aquellas facetas de la vida cultural, donde las actitudes apolíticas de especialistas o privadas tienden a persistir. Consiguientemente es necesario que el partido recuerde a la gente que los relatos y las películas (por

RECENSIONES

citar dos ejemplos) no deben ser considerados como meros pasatiempos. También se advierte a los especialistas que la búsqueda neutral de un interés especial o la práctica neutral de determinada capacidad tiende a conducir al error político.

El hecho, por tanto, más importante para la cultura china contemporánea es, en realidad, la dirección y el control políticos que integran, junto con otras, las actividades culturales. Puede comprenderse con facilidad que las tendencias y los cambios políticos necesariamente afectan a las actividades culturales en todo momento, y que la comprensión de la escena política es una exigencia primaria para la consideración, por ejemplo, de la literatura o de la educación. En cierto sentido, esto es válido para cualquier sociedad, pero raramente lo es hasta el grado en que se presenta en China.

Es curioso, sin embargo—y así queda registrado en las páginas de esta obra—, que Mao se haya empeñado en una absurda lucha contra el humanismo. Otra característica de la última década ha sido la creciente hostilidad hacia todas las formas de «humanismo», término que había adquirido un valor exclusivamente negativo hacia 1960. Se utiliza para describir cualquier interés por los factores humanos fundamentales, generales o permanentes, en detrimento del análisis de clase y de los criterios políticos. Puede utilizarse, por ejemplo, para describir obras sobre la revolución o la guerra que señalen la tragedia para los caracteres «positivos», o para el pueblo, derivada de los acontecimientos mismos o de la acción del bando «justo» o del enemigo. El «humanismo» puede abarcar obras que muestren a miembros de clases diferentes, o a caracteres «positivos» y «negativos» que comparten determinados rasgos psicológicos, o a obras que implican la existencia de un altruismo apolítico o la conciencia como característica humana general. Como último rasgo de nuestro breve esbozo de los conceptos literarios fundamentales, deberíamos señalar que el rechazo del humanismo constituye también la ruptura más fundamental entre el punto de vista comunista chino y todas las variedades del liberalismo.

Antes de poner punto final al presente comentario, debemos indicar que, en la actualidad, la fuerza del maoísmo sigue siendo impertérrita, es decir—y son las propias palabras de los autores de este libro—, los maoístas controlan muy efectivamente el aparato estatal central, el Comité Central y las ciudades de Pekín y Shanghai. Probablemente están en situación de llevar a cabo una purga normal, desde arriba, con métodos burocráticos, si se lo proponen. Pero no lo hacen. Chu En-lai lo señaló claramente cuando se dirigió a la Academia de Ciencias. Llamando por su nombre a los miembros de la organización de quienes se había dicho que representaban la «línea capitalista», añadió que, naturalmente, no había nada que impidiera al Comité Central destituir pura y simplemente a los culpables, y que esto habría sido muy fácil, especialmente para él, pero—seguida razonando—no se trataba de esto. A los miembros de la Academia les correspondía determinar por sí mismos quiénes eran los transgresores, y someterlos a su propia crítica, no a la crítica desde arriba.

La revolución cultural china, en definitiva, no ha supuesto, como muchos pensaban, el llegar a la plena liberalización. Justamente, «para aquellas personas de China que esperaban una liberalización de la vida china siguiendo las líneas del deshielo de la Europa oriental y de la URSS, y que creían que semejante liberalización estaba en camino hacia 1962, la revolución cultural es un duro golpe».

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

RECENSIONES

SEWERYN BIALER: *Los generales de Stalin (memorias de militares soviéticos de la segunda guerra mundial)*. Luis de Caralt. Barcelona, 1972. 687 pp.

He aquí un libro importante. Un magnífico libro. Cuando los militares se ponen a escribir sus hazañas sabemos que la victoria se ha debido al autobiografiado y la derrota a que el enemigo era abrumadoramente superior y, más frecuente aún, que el ilustre colega de encima, de al lado y hasta de abajo, mandó, coordinó o ejecutó mal la maniobra. Ellos no han sido los causantes de la derrota, sino víctimas de ella. Los alemanes han sido más suaves en esto que los anglosajones (¡ah, ese Montgomery!), pero se debe, sobre todo, a que han tenido ese chivo expiatorio que fue el cabo Adolfo Hitler, cabo al que no suelen imputarle las deslumbrantes victorias iniciales.

Los militares soviéticos han sido excepción a esta regla durante muchos años, incluso durante años tras la muerte de Stalin. Hubo que esperar la desestalinización preconizada e iniciada por Kruschev en 1956. En vida del dictador apenas apareció algún que otro folleto sobre la guerra mundial, no necesariamente por militares, y alguien fue ejecutado, aunque no se sabe si por ello, como, por ejemplo, Voznesensky. Con altibajos, con revisiones y cambios en algunas reediciones, altos militares soviéticos comenzaron, pasado el peligro, a publicar sus memorias. Han habido choques entre ellos. Aparte de Stalin, a ciertos niveles un blanco apetecido ha sido el mariscal Zhukov. Lo mismo que Eisenhower.

Este libro recoge una especie de antología o extractos amplios de las memorias de una cuarentena de militares soviéticos convenientemente ordenadas. Por eso, el libro, pese a su tamaño, es breve. Siendo sólo esto, el autor habría hecho un buen servicio. Pero ha hecho mucho más que esto. En una introducción de una cincuenta de páginas nos da la pauta de las directrices políticas de la literatura soviética sobre la guerra, así como de su utilización, la suerte que ha corrido la figura de Stalin desde el punto de vista militar con Kruschev y después de él, un excelente retrato de este hombre mezcla de bestialidad y genialidad que fue Stalin, como dirigente de guerra, así como notas sobre la traducción (muy bien realizada, aunque es tanto más imperdonable que confunda como «buque de guerra» lo que debería ser «acorazado»). Destruye argumentalmente la posición más débil de la biografía que de Stalin hizo el antistalinista Isaac Deutscher, que lo ve como un genio de la guerra. Desde luego, queda bien patente si nadie había hecho tanto para construir el Ejército rojo, nadie hizo más para destruirlo. El milagro, el verdadero milagro ruso en esta ocasión no fue el invierno, sino que, a pesar de los inmensos destrozos y ruinas demográficas y materiales sufridas por los soviéticos, fueran capaces de resistir y rehacerse cuando Alemania no tenía aún segundo frente. Tres años de guerra mundial con el zarismo, con su completa derrota, causaron menos de dos millones de muertos a los rusos; con Stalin, con su inmensa victoria, el precio que pagarían sería de veinte millones, la mitad de los cadáveres del conjunto de la guerra mundial.

El autor, excelente especialista en la materia, ha ordenado el material en cinco grandes capítulos, cada uno de ellos subdividido en varias partes. En el primero se agrupan las experiencias de la preguerra (purga, nueva élite, los amigos terribles [alemanes], la lección finlandesa, los últimos simulacros de guerra y los preparativos bélicos en sus diversos aspectos); el segundo capítulo se dedica exclusivamente a este 22 de

RECENSIONES

junio de 1941, día que los alemanes pasan al ataque sin declaración de guerra, infligiendo un descomunal «desastre» a los rusos; el tercero se dedica a «Moscú», es decir, la defensa de la capital, y la gran contraofensiva de invierno; la «dirección» de la guerra se estudia en el cuarto capítulo a través del alto mando, el alto mando y los mandos en el campo de batalla, soldados profesionales frente a líderes políticos; por último, en el epílogo se observa la marcha hacia Alemania, la batalla de Berlín y el encuentro con los otros vencedores, los angloamericanos.

Las memorias de guerra han sido escritas en su mayoría por militares. Estos escritos Bialer los divide en cinco grupos: los del alto mando, es decir, los más próximos colaboradores de Stalin, pues explican las relaciones y métodos de trabajo en la «cumbre» (Vasilevsky, Shtemenko, Voronov, Kuznetsov y Krulev), pero también se localizan grandes lagunas y hasta omisiones totales de hechos importantísimos. El mismo Zhukov, que ha escrito sus memorias, nos habla de la batalla de Berlín, pero no de sus primeros meses en el cuartel general. Otros ni siquiera han escrito algo (Timochenko y Chaposhnikov). El segundo grupo incluye escritos de quienes mandaron grupos de ejércitos («frentes», en ruso), que oscilaban entre un cuarto de millón y un millón de personas, cubriendo de 100 a 150 millas de frente (Konev, Rokossovsky, Eremenko, Bagramian, etc.). El tercer grupo incluye los generales que mandaron un ejército (unos cien mil hombres), de los que Rusia disponía de doce al comienzo de la guerra en el frente alemán a treinta y seis al final (Chuikov, Batov, Katukov, etc.). El cuarto grupo inserta los mandos y oficiales, en relatos sueltos, que mandaron divisiones, brigadas y regimientos. Apenas superan los típicos relatos de hazañas bélicas, pero que, en ocasiones, dan una visión de relaciones jerárquicas a niveles bajos.

El último grupo incluye escritos de los comisarios de guerra. Es escasa su contribución a la literatura de guerra en sí, pues por doquier los valores del Partido penetran. Estos comisarios cayeron en desgracia o se esfumaron precisamente durante la pugna por la sucesión de Stalin, pero otros llegaron lejos (Kruschev y Breznev). Como el libro fue escrito en 1969, no ha podido tener en cuenta los recuerdos de Kruschev que se publicaron... en el supuesto de que sean suyos. Las más dignas de crédito fueron escritas por políticos de carrera adscritos permanentemente al Ejército. Igualmente hay que incluir algunos escritos de hombres civiles, por desgracia poco numerosos, tales como directores de empresas, industriales, diplomáticos, corresponsales, escritores. Pero quienes estaban en mejores condiciones de iluminarnos no han escrito nada: los miembros del Comité de Defensa del Estado, supremo en la dirección de la guerra. Del propio Stalin sólo se dispone de los discursos y las órdenes del día. Ni siquiera se vislumbra que pueda tener unas memorias en algún lugar. Su hija, tan dicharachera, no ha dicho nada al respecto.

Las mismas memorias militares pueden dividirse en grupos atendiendo a su *momento* antes o principios de la guerra, a lo largo de la guerra o período particular, los de una sola operación o campaña o incluso concerniendo a explicaciones de actuaciones personales. El *tono* podría igualmente clasificarlas. Por lo regular, el estilo literario es malo, aburrido, estereotipado.

En cualquier caso, este libro nos introduce, y más, en el estudio del comportamiento político de la élite soviética entre 1938-45. Lo único lamentable es que sea tan breve. Pero hay una inmensa ventaja. El autor no nos abandona a lo largo de la exposición. Está sistemáticamente al quite en notas al pie de páginas, aclarando conceptos, aportando

RECENSIONES

sugerencias, confrontando contradicciones. El libro, que incluye media docena de mapas para seguir las operaciones militares, concluye con un extracto biográfico de las figuras militares más importantes. Desgraciadamente, en pie de página de la página 40 se anuncia para mejor información sobre las memorias aquí mencionadas «la bibliografía escogida de las memorias sobre la guerra soviética, al final de este libro». Pero se descuidaron de ponerlo... o de quitar este anuncio prometedor.

TOMÁS MESTRE

ULRICH SCHEUNER (Red.): *Aussenpolitische Perspektiven des westdeutschen Staates*. München-Wien, 1972, R. Oldenbourg Verlag, 237 pp.

Es el tomo número 2 de los *Escritos del Instituto de Investigación de la Sociedad Alemana de Política Exterior*, de Bonn, y en este caso se trata del «asalto de nuevas fuerzas». Esas «nuevas fuerzas» se pueden resumir con y en una sola palabra: Ostpolitik.

Es decir, nos encontramos ante las perspectivas político-exteriores de la República Federal de Alemania. El asunto no es tan fácil como pudiera aparecer a primera vista, sencillamente porque la RFA es el más fiel y el más seguro aliado de la NATO y, a pesar de todo, dialoga con el centro y el este de Europa, principalmente con la URSS y los Estados vecinos, miembros del Pacto de Varsovia. Es lamentable que en la política internacional una potencia como es, sin duda alguna, la RFA no haya encontrado todavía el lugar que le corresponde por su misión europea y europeísta. En realidad, la Ostpolitik no es un curso político exterior del Gobierno de Bonn propiamente dicho, sino más bien una línea política dictada por las potencias, aunque aliadas, de la NATO. Ni siquiera puede afirmarse que la RFA disponga de un propio curso en política exterior, a pesar de soportar el mayor peso en la defensa occidental contra la agresión soviética en Europa. Mientras tanto, Francia se erige en potencia nuclear a espaldas de la NATO y de sus aliados y, en último término, contra sus propios aliados; por si fuera poco, se separa de la NATO arbitrariamente, precisamente por eso, y no pasa nada. En cambio, la RFA no tiene derecho ni siquiera a representarse a sí misma: Willy Brandt es un simple instrumento del juego político—estratégico de la NATO—y nada más. Claro está, a expensas de la propia Alemania y de todas las naciones del Este. Es increíble que en Bonn no se hayan enterado de que la llamada Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa es un asunto prácticamente privado de la Unión Soviética. Si la Conferencia de Potsdam era la continuación de los Tratados de Versalles, un observador imparcial admitirá que la Conferencia de Helsinki (y también la de Viena) es consecuencia lógica de la «Santa Alianza», cuyo origen está, en realidad, en la Revolución francesa. Es innegable que ciertas fuerzas internacionales siguen imponiendo sus criterios, por una u otra razón, en la política internacional; sólo que los no comprometidos estén condenados de antemano sin razón alguna. También en el Derecho internacional existen normas morales y jurídicas, aunque de signo puramente «convencional». Lo más grave es que respecto a la RFA no se aplica ni lo moral ni lo convencional. Es lamentable que desde aquí tengamos que recordárselo a los propios alemanes. Es inútil encontrar fuentes que prueben la existencia de una política exterior de la RFA, a pesar

RECENSIONES

de obras que intentan demostrarlo. Sean de origen alemán o extranjero, aunque lleven el nombre de «Política exterior de la RFA», al fin y al cabo no se trata sino de «perspectivas, posibilidades, etc.», como es el presente caso.

La obra es resultado de unas colaboraciones llevadas a cabo «en equipo». Sería muy larga la lista de los colaboradores, sin embargo el jefe de dicho equipo, Scheuner, afirma superficialmente que las contribuciones aquí insertadas tratan de los presupuestos internos—además sustanciales—de la capacidad político-exterior de decisión de la RFA; se pone en duda la nación y el Estado de la RFA, su estructura social, el *trend* económico técnico de la época actual en general y, cómo no, la constitucionalidad y su obligatoriedad. Por tanto, resulta que, de repente, los germano-federales no admiten más que «su régimen jurídico-constitucional» para no poder elaborar una política exterior propia. En este caso, el asunto puede ser no solamente incómodo, sino hasta peligroso para la auténtica constitución de la Europa unida, ya que la rigidez jurídica impide que la dinámica política haga «su juego». ¡Que hablen los principios de la moral en que ha de verificarse incluso dicho juego político!

Scheuner reconoce (al menos) un hecho: se respeta la opinión de los autores que participan en la composición de la presente obra; algunos que, a expensas de las tradiciones nacionales, abogan en favor de una supra y hasta ultra-supra-nacional estructura política internacional. En tal caso, la RFA es, o podría ser, un puro satélite de todas las políticas exteriores de sus aliados; en segundo lugar, la política exterior de la RFA no es, en efecto, más que ese satélite; dicho de otra manera, la República Federal de Alemania no es sino un instrumento y nada más que un instrumento manejado hábilmente por la política exterior de otros países europeos, pero que sin la existencia de la RFA no podrían gozar de «su independencia». Siguen pesando mucho más las consecuencias de la existencia del *Tercer Reich* de lo que normalmente pudiera suponerse. En el fondo, este es el problema de todos los alemanes, que hasta han absorbido la idea de sus actuales aliados de que Alemania ha de «salvar a Europa por sus errores del pasado». Lo curioso es que los propios alemanes aceptan esta idea. Ellos mismos, no saben por qué. Por ello, en la «política exterior» alemana no hay más que «perspectivas, posibilidades». En vano buscaría un interesado hechos; es lamentable, tratándose precisamente de una de las potencias económicas del mundo, que más aceptación tienen incluso en los países más antigermanos.

Aquí está la problemática con la que se compromete la presente obra, por cierto muy significativa para un interesado de a fondo: el problema de las tradiciones (alemanas) y las perspectivas del concepto de la «estatalidad nacional» alemana y la integración europea (desde el punto de vista histórico, actual y futuro); el problema de los dos Estados alemanes y la reunificación; el sentimiento europeo de los alemanes del régimen democrático-liberal-socialista de Bonn y, otra vez, las «perspectivas», más bien limitadas que libres, ilimitadas; la democracia tiene la ventaja de que se puede preguntar, es decir, hacer una encuesta, a la población sobre la política interior y exterior. Es interesante que en este caso tal encuesta gire en torno a la postura de los germano-federales respecto a los compatriotas de la Alemania comunista: RDA, de Pankov, y también frente a los refugiados que encontraron refugio y hogar en la RFA procedentes no solamente de la RDA, sino también de otras regiones antes alemanas u otros países; en esta encuesta se tiene en cuenta alguna que otra situación personal o convicción ideo-

RECENSIONES

lógico-política; de ahí algún que otro criterio para con la posible afiliación política (CDU; CSU o SPD/FDP).

Desde luego, la RFA desempeña, hasta contra su propia conciencia, un papel muy importante en la política exterior desde el punto de vista de su potencial económico; nadie lo niega, pero hasta los mismos alemanes no se dan cuenta de este hecho. Será por razones políticas y, en parte, históricas, aunque éstas últimas no podrán ser consideradas como históricas, puesto que se trata de unos treinta años del pasado. Casi podríamos decir que los alemanes padecen de una especie de complejo ante la Historia. Lo más grave es que ellos mismos no saben por qué. ¿Por existir un régimen nacionalsocialista que perdió la guerra? Es posible y hasta seguro. También es verdad que las nuevas generaciones alemanas tienen su palabra y que su palabra es tenida en cuenta.

La rigidez jurídico-constitucional de la RFA es evidente desde todos los puntos de vista, incluyendo la línea perseguida por la Ostpolitik. Ahí está el problema: puede que respecto a la política de la apertura hacia el Este de Willy Brandt el Tribunal Constitucional Federal de Karlsruhe se pronuncie en su favor; puede que no, aunque poco probable; sin embargo, cuando los cristianodemócratas lleguen otra vez al poder la situación cambiaría no radicalmente, pero sí considerablemente; por ejemplo, en relación con los tratados RFA-URSS, Polonia, RDA, etc.; entonces dicha rigidez dejará de ser rígida, precisamente debido al convencionalismo positivista. Es una tragedia europea hasta el momento.

La RFA está, todavía siempre, en la encrucijada. Rechaza el nacionalismo sin ser capaz de renunciar al mismo; procura incorporarse a las corrientes de supranacionalismos como miembro en condiciones de igualdad y no la admiten como tal. Por esta razón, su libertad de acción sigue siendo limitada, a pesar de su alianza con los Estados Unidos, lo cual no excluye la posibilidad de ser, al mismo tiempo, el miembro más destacado de la Comunidad Europea. Sólo que Alemania sin Europa no es Alemania y Europa sin Alemania no es Europa. Por tanto, y para concluir, hasta este punto la Ostpolitik es un fenómeno que tiende a una cooperación paneuropea. Hay límites, pero también posibilidades.

STEFAN GLEJDURA

EMILIO MAZA: *Sistema de Derecho Comunitario Centroamericano (Teoría general, fuentes e instituciones)*. Impreso por Lito-Proa-Guatemala, Guatemala C. A., 1970.

No es fácil comprender el cambio que se está operando en ciertas regiones del mundo sin tener a mano ciertos manuales que recopilan la información sobre los tratados integradores de aquélla. Concretamente en el caso de Centroamérica, la existencia de una serie de convenios y de relaciones intercentroamericanas, con sus altas y bajas, da motivo para que del análisis de aquéllos puedan obtenerse conclusiones positivas, al considerar el marco en que ha de desarrollarse todo el esfuerzo integrador de aquella área.

Todos estos temas se afrontan muy profundamente en el interesante libro del Dr. Maza que ha publicado con el título de *Sistema de Derecho Comunitario Centroamericano*. El libro está dividido en veinte capítulos, cuenta con una escogida bibliografía y a lo largo

RENCENSIONES

de sus páginas el autor camina por el acontecer centroamericano, analizando fuentes del actual Derecho comunitario de aquella región, vigencias y órganos rectores del actual mercado común. Diferencia, a mi juicio, acertadamente entre la «vieja estructura» y la «nueva estructura» del Mercado Común Centroamericano. Con la expresión «vieja estructura» se refiere a los tiempos en que todos los estudios de integración se realizaban a través de la Secretaría del Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano, dependiente de la CEPAL y con sede en Méjico. Puede hablarse de «nueva estructura», cuando como consecuencia de la ratificación del Tratado General surge la SIECA, con su centro en Guatemala.

Toda la preocupación del Dr. Maza va dirigida al establecimiento de una verdadera «Teoría General» del Derecho Comunitario. Su propósito de facilitar una visión sistemática de la estructura jurídica actual del Mercado Común Centroamericano se cumple sobradamente. El hecho, por lo demás, de que el libro vaya prologado en italiano por Nicola Catalano, ex magistrado de las Cortes de las Comunidades Europeas, da a entender los propósitos del autor y sirve el paralelo que se traza sobre las relaciones dentro de la Comunidad Económica Europea, algunos de cuyos datos pueden ser esclarecedores en el momento de enfrentarse con la problemática del área centroamericana.

Largo sería pormenorizar y analizar muchos de los temas que se suscitan a lo largo de las 865 páginas que el libro tiene; pero es obligado decir que quien se interese por los temas jurídicos de integración centroamericana no puede dejar de consultar el libro del Dr. Maza, muy pensado y redactado con materiales de primera mano, pues no en balde el Dr. Maza fue profesor de Derecho de Integración Económica Centroamericana en la Universidad Rafael Landino.

FÉLIX FERNANDEZ-SHAW

